

Cuento

Las siete vidas del sauce llorón

Vicente Guarner

Un sauce no es un árbol cualquiera. Y ésta es la historia de uno de esos seres seductores por su elegancia—entre muchas otras cosas— que nos ha deparado el destino. Sus raíces, como las nuestras, se clavan en ese caldo original, donde tan acertadamente dijo Tales de Mileto, hace miles de años, que ahí, precisamente, había surgido la vida. El sabio no disponía de grandes conocimientos de biología y menos de botánica; y ni siquiera sospechaba de un concepto definido acerca de la evolución; pero pensaba, y un buen día se le ocurrió decir aquella frase, fruto de sus reflexiones “la vida proviene del agua”. Pocos fueron, desafortunadamente, los que pusieron atención. Pero la verdad es que hace millones de años la Tierra estaba habitada exclusivamente por el mundo vegetal, hasta que un buen día sin que sepamos aún por qué, de una mutación surgió en el agua nuestro primer antepasado constituido por una única célula provista de una rudimentaria boca destinada a devorar al mundo, y un flagelo para capacitarlo a desplazarse y a cazar. Con ello quedó atrás todo lo que le había precedido y sus únicos antepasados, como apuntábamos, pertenecían al mundo de los vegetales.

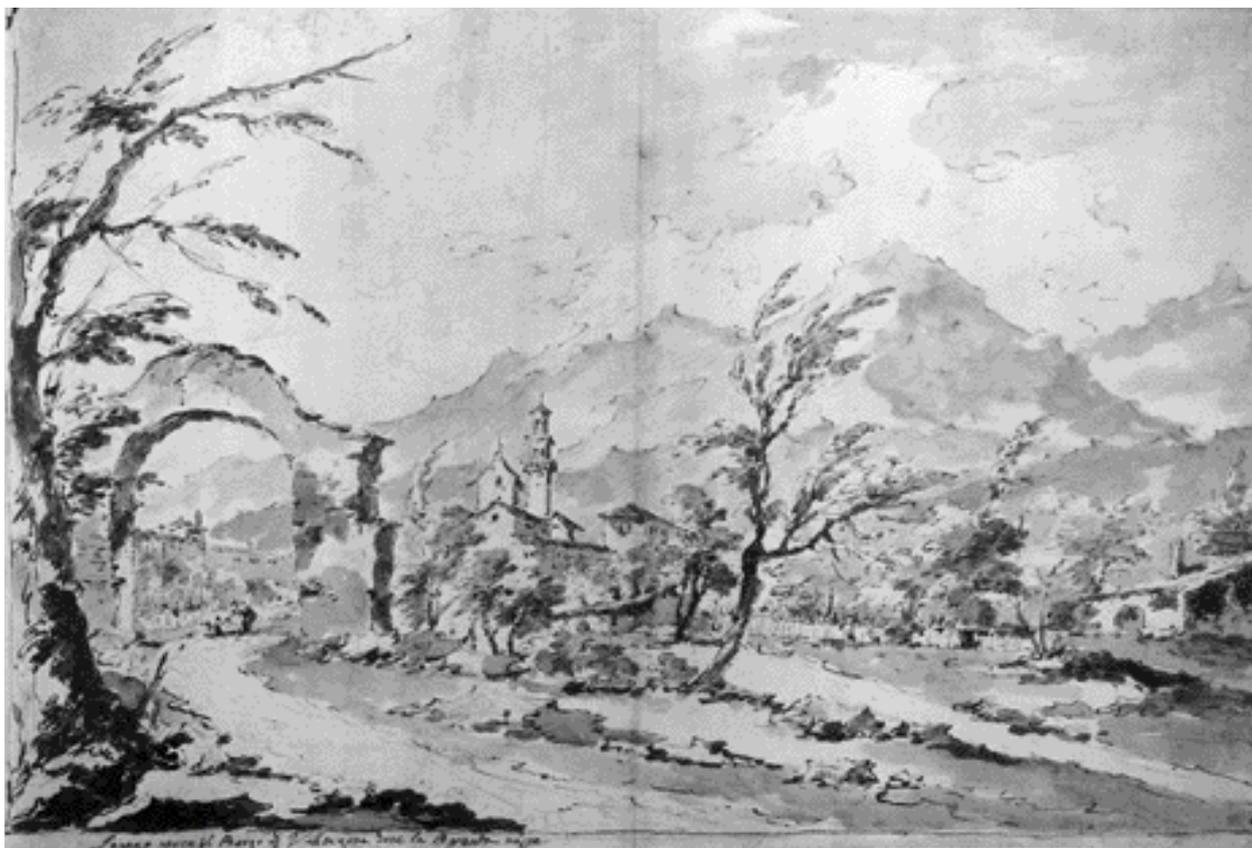
Los sauces profundizan sus raíces en la tierra y forman todo un universo que transita, desde el frío polar al calor tropical, de las altitudes a las planicies, y del este al oeste. No existe otra especie de árboles capaz de vivir en tal diversidad de territorios y de climas.

Nuestro sauce —el de la casa— ocupa la parte septentrional del jardín y lo adoptamos cuando apenas

contaba unos cuantos meses de vida. Buscamos para él el mejor acomodo, cerca del espejo de agua. Ya lo dice Shakespeare en su *Hamlet*: “Hay un sauce inclinado hacia el arroyo y muestra sus nevadas hojas a la cristalina corriente”, (“*There is a Willow grows aslant a brook / that shows his hoar leaves in the glassy stream*”). Como no disponíamos de un arroyo donde hubiese estado en su propio medio, lo colocamos lo más cerca del agua que pudimos.

Los *Salix Alba*, como se les llama en latín, viven en las orillas de los ríos, como en París en las dos puntas extremas de L’Île Saint Louis, en el Sena, y son, quizá, los dos sauces más hermosos que conozco. De igual forma los sauces resguardan las orillas del Avon en aquel Stratford donde una casa con un techo de paja gris pardo amparaba durante crudos inviernos el alma de William Shakespeare.

En la época en que la Iglesia se burlaba de Darwin y de las ideas de la evolución, el chiste era que el hombre desciende del mono y el mono lo hace del árbol. Pero ahora valdría preguntarles a aquellos frívolos si acaso no creen, hoy, que nuestros ancestros eran plantas. Bueno, plantas sí, mas árboles no. El mundo animal se separó del vegetal antes de aparecer los árboles, cuando la vida era exclusivamente marina. Heidegger tenía entre muchos atributos el de pronunciar frases profundas, y decía: “Los orígenes se esconden debajo de los comienzos”. Ello significa que para considerar un fenómeno es necesario que ya exista. Nunca, por



Claude Lorrain, *Heroic Landscape*, s/f

tanto, se podrá afirmar con certeza que el fósil más antiguo descubierto hasta ahora, es la criatura original. Y nadie, creo yo, encontrará jamás la primera célula capaz de haber fijado la clorofila.

Los árboles están capacitados para adaptarse a periodos de frío. No a un frío cualquiera, sino a fríos inclementes, y lo han hecho mediante estrategias esenciales con la finalidad de sobrevivir. Cuando aparece el invierno y aun antes, en el otoño, surge en los árboles caducifolios la caída masiva de sus hojas porque así requieren menos agua para sobrevivir. Este hecho se repite año tras año. Se puede afirmar que son los árboles los primeros en señalarnos la llegada del otoño cuando nuestros pasos comienzan a pisar las hojas muertas. Bien que ello no es privativo de los bosques de caducifolios, le ocurre también a Amapola, nuestra Golden Retriever, que no sólo deja de perder el pelo, sino que éste crece más desde las primeras semanas de otoño. La miro y digo:

—Ya te estás preparando para el invierno Amapola —al contemplarla cubierta con su abundante manto de pelo.

Y esa preparación nos la enseñaron los árboles hace más de treinta mil años.

El sauce es un árbol expuesto a numerosas enfermedades, y el nuestro las ha padecido todas. Lo liviano de su corteza facilitó, en tiempos pasados, la fabricación de miembros artificiales con la finalidad de sustituir brazos y manos amputados antes de que surgieran las prótesis de plástico; aunque, al mismo tiempo, esta li-

gereza se presta al asedio de muchos insectos. En sus primeros años atacó a nuestro *Salix* un coleóptero de color fuego que hubo menester tratar drásticamente mediante la ablación de gran parte de sus ramas; en pocas palabras, el sauce sufrió una gran mutilación. Más adelante, lo invadieron las moscas taladradoras que depositan sus huevos bajo la corteza, los cuales germinan con el calor de la primavera convirtiéndose en larvas que roen el tronco del árbol. A nuestro sauce le hicieron un gran hueco en el corazón.

Con ayuda de nuestro jardinero, Rafael, le hicimos una prótesis de madera y cemento al tallo y el sauce se curó. En los últimos años, cada vez que se acerca el invierno, se ve triste y desolado y mi mujer se dirige a mí y dice:

—Veo muy pachucho a tu sauce. Me temo que esta vez no va a retoñar. Tú que defiendes normar la eutanasia en casos determinados, deberías apiadarte del sauce y sacrificarlo.

El problema es grave y opto por crear un cónclave cuyos cardenales somos Alicia, mi mujer, Rafael, el jardinero, y un servidor. Para un problema semejante, el Vaticano no hubiese escogido mejores representantes. La primera, mi esposa, sin ser holandesa ni haber vivido en el estado de Oregon, se muestra definitivamente partidaria de la eutanasia; el jardinero hace voto de abstinencia para no comprometerse, y yo opto por esperar a que llegue la consagración de la primavera que todo lo puede, antes de inclinarme por la eutanasia, toda vez que, repito, un sauce llorón no es un ser cualquiera.



Paul Cézanne, *The Terrace of the Garden at Les Lauvres, s/f*



Rembrandt, *The Rest on the Flight into Egypt, s/f*

Originarios de Eurasia, las silíceas poseen propiedades que no tienen sus congéneres. Médicamente han resultado grandes benefactores de la humanidad. Ya los griegos sabían de sus propiedades, decían que sus hojas servían para detener las epistaxis (sangrados nasales); y Dioscórides, el gran médico griego, que curaba las heridas de los aguerridos legionarios romanos que peleaban en la costa Dálmata y que al mismo tiempo coleccionaba plantas medicinales, nos habla de su empleo en el tratamiento del dolor de la gota. Sus propiedades antiinflamatorias, conocidas hace más de dos mil años, se deben a un elemento de su corteza llamado salicina que en forma de ácido salicílico fue introducido en el tratamiento de los dolores músculo-articulares hacia 1800. Fue Felix Hoffmann, un brillante químico farmacólogo alemán quien para reducir los dolores de la artritis que padecía su padre logró sintetizarlo y hoy todos los habitantes del planeta lo tomamos. Como en un principio el ácido salicílico se extraía de la *Spiraea saure* se le agregó la letra “a” de acetil, y los laboratorios lo bautizaron como aspirina.

En abril de este año, con las primeras lluvias, el sauce ha vuelto a renacer y yo aprovecho para reunir de nuevo al concilio, que si bien no puede calificarse de ecuménico, posee opiniones más crediticias que las de otros concilios conocidos.

—Ya ves —le digo a mi esposa— lo difícil que es la aplicación de la eutanasia; este árbol, que se dio a cono-

cer como el sauce napoleónico porque era el único adorno de que disponía la tumba de Napoleón en Santa Elena, ha vuelto a renacer.

—Sí —dice el maestro Rafael— el “doctor” tenía razón, este sauce tiene “siete vidas”.

Y muchos seres vivos disponen asimismo de ellas. Por ello la eutanasia resulta una decisión extremadamente complicada, sobre todo si se le da cierto carácter clerical, aunque sólo sea en su apariencia, como en este caso.

Vale la pena recordar que los árboles viven más que los hombres. No son desleales, ni tienen los mismos vicios ni los mismos odios ni las mismas rencillas. Además en un sauce se esconde siempre mucha poesía. Es el árbol menos bello del jardín por los avatares que le ha deparado el tiempo, pero sigue siendo, para mí, el más poético.

*There once was a Willow, and he was very old
all his leaves fell off him but never left him cold
all wrinkled and furrowed was this tree
but he will survive year after year
as long as I could see again his leaves.*

Había una vez un sauce enfermo y viejo
sus hojas se desprendían, pero no murió de frío
tembloroso y fruncido quedaba cada invierno,
pero sé que renacerá año tras año
en tanto pueda ver retoñar sus hojas en el estío. ☐

Los sauces profundizan sus raíces en la tierra y forman todo un universo que transita, desde el frío polar al calor tropical, de las altitudes a las planicies, y del este al oeste.